



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,  
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMESTICOS,  
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 26.

PRECIOS DE SUSCRICION.				
	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	$\frac{1}{2}$ peso.	1 $\frac{1}{2}$ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,  
DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.  
Administración: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.  
Madrid, 20 de Setiembre de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.  
Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administración, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripción por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

### CRÍA Y CONSERVACION DE LOS PERDIGONES.

(Véase la lámina de la página presente.)

Sabido es que las perdices habitan con preferencia en los países donde se siembra mucho trigo, sobre todo en

las tierras bien cultivadas y margadas, sin duda porque en ellas encuentran alimento más abundante, ya en granos ó ya en insectos, ó quizás también porque las sales de la marga, que tanto contribuyen á fertilizar el suelo, son análogas á su temperamento y á su gusto.

Sentados estos principios, infiérese que España es, ó

debiera ser por mejor decir, uno de los países más provistos de estas célebres gallináceas, ponderadas con tanta justicia por Aldovrando, notándose, sin embargo, la falta de ellas cada día más, á causa de las malas artes que se emplean para exterminarlas, y del descuido ó completo abandono en que se tiene la cría de los perdigones, objeto



CRÍA Y CONSERVACION DE LOS PERDIGONES.



principal este último de que vamos á ocuparnos en el presente artículo.

Gustan mucho las perdices de la campiña llana, tal como la que sirve de escena á la interesante familia que aparece en nuestro grabado, y sólo se refugian en los cerros ó bajo los pámpanos de las vides, al verse acosadas por los cazadores ó perseguidas por las aves de rapiña. Es tal su amor á la llanura rasa, que nunca se meten en los bosques, y ni aun pasan la noche en el matorral que les ha servido de momentáneo refugio en los instantes angustiosos del peligro.

El celo y el apareo comienzan, como nuestros lectores saben, así que pasan las últimas heladas del invierno, y arreglado toscamente el nido con un poco de hierba y otro poco de paja, hacen las hembras su postura de quince á veinte huevos. Al cabo de cierto tiempo, cuando la estación es favorable, y la nidada sigue bien, sale al mundo la parva gentil, esparciéndose los perdigoncillos por la campiña apenas rompen el huevo, llevando á veces pegada una parte del cascarn. Suele suceder también que no pudiendo quebrantar su reducida cárcel, mueren extenuados, encontrándose las plumas de la avecilla pegadas á las paredes interiores del huevo, por haber experimentado un exceso de calor, inconveniente que se remedia metiendo los huevos por espacio de cinco minutos en agua, cuyas partes más ténues se filtran de modo que las plumas se desprenden por sí solas con bastante facilidad.

El macho comparte con la madre el cuidado de criar á sus polluelos, sirviéndoles de guía, llamándolos sin cesar, mostrándoles el alimento que les conviene, ó haciendo de vigilante y gallardo centinela (como se ve en la lámina que hoy publicamos) para proteger á la parva de sus muchos é implacables enemigos.

Los perdigones cuando nacen tienen las patas amarillas, color que luego se aclara y se hace blancuzco. Después oscurece y llega á ser completamente negro en las perdices de tres ó cuatro años. Este es el medio de saber su edad, que también se conoce en la forma de la última pluma del ala, la cual es puntiaguda después de la primera muda y redonda al año siguiente.

Hasta que pasan tres meses no empiezan los perdigones á echar el color encarnado, que determina para estas aves la época de la crisis, porque anuncia la edad adulta. Antes de este tiempo son delicados en extremo; tienen muy poca ala y temen mucho la humedad; pero así que pasa, se robustecen y vuelan con seguridad completa en unión de la compañía á que se han afiliado.

Se les cría y multiplica la especie con buen éxito para poblar tierras donde no hay perdices, bien entendido que no hablamos de las domésticas, porque es rarísimo que pongan en jaulas, y mucho más que se aparezcan los machos y las hembras.

En la época de la recolección de cereales es muy común que la hoz del segador deje al descubierto bastantes nidos de perdices.

El cazador verdaderamente aficionado y que quiera fomentar la cría y conservación de una caza tan interesante, deberá procurarse los huevos de dichos nidos, colocándolos con suma precaución en una espuerta llena de salvado ó de virutas finas de madera, haciéndolos empollar por una gallina común, que sea mansa y no de carácter irascible. Cada gallina puede cubrir hasta dos docenas de huevos, y los polluelos siguen luego á esta madre extraña como hubieran seguido á la suya propia.

En vez de larvas de hormigas, alimento difícil de buscar al hombre, debe darse á los perdigones recién nacidos una pasta compuesta de carne magra de vaca picada, miga de pan mojada en leche, cuatro huevos crudos y un poco de sal. Todo esto, bien picado y revuelto, se cuece por espacio de quince minutos á fuego lento, y después se deja enfriar.

Cinco ó seis veces al día se dan á los polluelos migajas de la pasta anterior, y á las dos semanas se añade á la ración ordinaria algunos granos de trigo ó de alpiste, hasta que al cabo de un mes ya pueden comer de todo.

Es indispensable criar á los perdigones con exquisita limpieza, sin olvidar tenerle siempre dispuesta arena fina de río, un poco húmeda, que les sirve para desembarazarse de unos piojillos que les molestan bastante.

Así que ya están grandes y con las alas bien desarrolla-

das, se les suelta en medio de los campos, donde no tardan en recobrar la libertad, no para conservarla siempre, sino para ponerse á tiro de nuestras escopetas, pagándonos con usura las molestias que nos haya podido proporcionar una cría tan importante como reproductiva.

J. M. C.

## CAZA DE UN JABALÍ DE EMOCIONES.

(Véase la lámina de la página 205.)

—La vida para mí no tiene encantos cuando es monótona y tranquila, decía á cierta dama uno de estos pollos entecos, ojerosos y medio tísicos que tanto abundan en la coronada Villa; yo necesito sacudimientos en el alma, sucesos imprevistos, lances que hagan palpar con violencia mi corazón; necesito, en una palabra, para no morir de fastidio, emociones fuertes que....

—¡Emociones fuertes! Pues hágase V. torero, ó lo que es mejor todavía, vaya V. á la sierra á montar jabalíes.

Y á la verdad que tenía razón la bellísima autora de tan oportuna respuesta, porque pocas situaciones pueden ser más dramáticas y ocasionadas á sacudirnos moral y materialmente, como la de sentir el espantoso ruido que hace el jabalí rompiendo lentiscos y jarales del monte, y apercibirnos á una lucha, que puede sernos fatal, con uno de los animales más indómitos, más ariscos y más insociables de la creación.

Ejemplo al canto, y entremos en materia.

Al mediar el invierno del año de 1857, aburridos y cansados de respirar el aire mefítico que se ciernen en estas grandes capitales, que hemos convenido en llamar Babilonias modernas, aceptamos, en compañía de unos amigos, la galante y tentadora invitación de ir de montería que nos hizo otro de los nuestros, cazador sempiterno y propietario de cierto coto magnífico situado en una de las estriberas de Sierra Morena.

Hechos los preparativos con la rapidez propia de los que se sienten punzados por el aguijón del deseo, y provistos de nuestras armas y pertrechos de montería, atravesamos en alas del vapor la larga distancia que hay de Madrid al cazadero.

Al llegar á la sierra, el paisaje cambió repentinamente de aspecto. La tierra era húmeda; el aire de las montañas vecinas estaba impregnado de perfumes que vigorizaban el pecho; brotaba el agua por todas partes; hondonadas y alturas aparecían á la vista cubiertas de espesos bosques que sombreaban nuestra marcha á campo travieso por aquellas sendas abiertas entre tajadas peñas, recobrando la naturaleza su voz, sus fueros y sus bríos en las agrestes y majestuosas soledades, que parecen hechas para demostrar la pequeñez del hombre y la inmensidad del poder de Dios.

Nuestro amigo nos recibió con los brazos y con la despena abiertos, lo cual satisfizo al propio tiempo á la amistad y á las exigencias del estómago, bastante imperiosas después de tan larga caminata, y convínose de sobremesa que al amanecer del siguiente día nos pondríamos en demanda, como dicen los marinos, de un soberbio jabalí, que atalayando tres días seguidos había visto un guarda meterse en su cama, en una espesura casi impenetrable.

Para mayor honra y gloria de nuestra fama de cazadores, se convino también en que iríamos tres solos, sin perros, dos armados con escopetas de dos cañones y uno con arma blanca, consistente en una pica de tres filos.

Las gentes del monte creyeron que nos habíamos vuelto locos, y mucho más al saber que íbamos á sorprender al jabalí en su propia cama, porque no llevando ojeadores ni perros, era fácil sorprender á la fiera en su mismo cubil. En muchos casos semejantes se suele perder el tiempo sin conseguir nada; pero nosotros aquel día estábamos predestinados á renovar la excepción de la regla.

Las seis de la mañana nos dieron en lo más embrenado de la sierra, donde las huellas frescas y recientes nos indicaban que el jabalí había vuelto ya de buscar su comida. Llevábamos el viento de cara, caminando con excesiva precaución para que ningún ruido, por pequeño que fuese, denunciase al enemigo nuestra presencia.

De repente, y sin darnos cuenta de dónde salía, una enorme masa negra se precipitó como una tromba sobre nuestro amigo, que iba delante, derribándole al suelo, resultando uno de nosotros abrazado, Dios sabe cómo, á la rama de un árbol, y casi montado sobre el lomo de la bestia feroz, mientras el otro á pie, y en mejor situación que los demás, introducía el hierro de la pica junto al brazo derecho de la res, según se ve en el grabado que ilustra este artículo.

La partida, sin embargo, no era igual, ni mucho menos, y el peligro arreciaba á cada instante. La pica podía romperse, y el cazador caído veía acercarse á su vientre los afilados colmillos del animal, enfurecido con el dolor de la herida que acababa de recibir, cuando descolgándonos de la rama del árbol, pudimos alojarle dos balas que le dejaron sin vida.

Este lance había durado minuto y medio, que nos pareció toda una eternidad, y que pudo costar la vida al que tuvo la mala suerte de verse sorprendido y derribado por el jabalí, que los guardas llevaron después á la casa en una carreta, porque pesaba más de trescientas libras.

Sentados aquella noche junto á una gran chimenea campesina y delante de una bien provista mesa, estuvimos acordes los tres en que realmente no habíamos ido á la sierra á tirar al jabalí, sino á caza de emociones, y emociones demasiado fuertes.

Los sucesos habían sobrepujado á nuestras atrevidas esperanzas.

Pero hay tentativas ó calaveradas que no deben repetirse, y á esta clase pertenece la que acabamos de referir.

C. T.

## LA PESCA EN RUSIA.

(Véase la lámina de la página 208.)

Á donde quiera que se vuelven los ojos, al Este como al Oeste, al Norte como al Mediodía, la semejanza de los pescados y de sus costumbres es parecida, como igualmente el método de su pesca. El hombre es lo mismo en todas partes, y siempre se mueve en el mismo círculo.

Sin embargo, es incontestable que circunstancias especiales modifican los aparatos generales, aunque no los cambian; para convencerse de esto, basta fijarse en la barredera que se halla en tercer lugar en nuestra lámina, que usan los pueblos habitantes de las orillas del mar Caspio.

Todo el mundo sabe que este mar interior no tiene comunicación visible con los otros depósitos de agua vecinos, considerables, sin embargo, como el mar de Aral y el Negro, recibiendo las terribles avenidas de tierra y arena de los ríos que arrojan en su lecho inmensos aluviones; de modo que en sus orillas se encuentran espacios inmensos de arena que tienen una profundidad mínima. A estos bancos, pues, los kirghiss destinan la barredera de que hemos hablado antes.

Esta red tiene 45 centímetros de altura cuando está desplegada. Como los pueblos nómades que la emplean no cultivan ninguna planta textil, está formada de cerdas retorcidas, sin nudos.

Arriba y abajo se atan siempre con cerdas, relingas ó cabos compuestos de una cuerda de pelo de camello. Queda sobreentendido que las partes constitutivas de este aparato han debido encontrarse en el país mismo; los corchos están reemplazados por pedazos de corteza de abedul fijos en la relinga superior.

Aun hay más: era necesario un peso cualquiera para sumergir la red, y el país no tiene ni siquiera una sola piedra. En esto es donde la imaginación humana desplegó toda su inventiva, y ha sacado un partido maravilloso de los menores recursos. ¿Cómo procurarse un peso cualquiera sin plomo, sin hierro, por demasiado caro, y sin piedras para reemplazar á los metales? Se recurrió á las vasijas de barro, y se recogieron cuidadosamente todos los pedazos de cacharros rotos que se encontraron en los alrededores de las cabañas; después se ataron á las relingas de abajo, y el asunto quedó arreglado.

En vez de atar estas piedras con cerda, ignoramos por qué se las sujetó con un junco endeble. Así es que tuvo



que inventarse un aparato para no perder la mayor parte de los pedazos de los cacharros al primer arrastre de la barredera por la arena.

Al rededor de éstos se fija un aro pequeño formado con una varita de mimbre doblada, que tiene unos 10 centímetros de diámetro, y despues se asegura con cerdas retorcidas. De esta ingeniosa disposicion resulta que el atado de junco no toca á la arena, y por consecuencia, que no se gasta nunca, porque el cerco de mimbre sufre el frote. Por otra parte, la barredera es una red larga y debe arrastrarse con rapidez en grandes espacios, para que en tan poca agua recoja una razonable cantidad de pescado. El frote del peso en el fondo del mar debe ser rudo y prolongado.

Lo que ántes hemos dicho de la necesidad de todos los pueblos de acomodar los mismos aparatos con los materiales que tienen á mano, va á verificarse con cada nuevo armadillo que nos proponemos describir. Y no se crea que es un trabajo inútil presentar á nuestros lectores objetos que les son familiares, porque están formados de otras materias y de otra manera de la que están acostumbrados; al contrario, es el medio mejor de sugerirles nuevas ideas y fecundas aplicaciones.

En Rusia, como en toda Europa, los rios reciben una abundante remesa de lampreas, y las poblaciones buscan este excelente pescado, que puede conservarse con facilidad. Nosotros las cogemos con redes de mimbres de forma particular; en Rusia se emplean redes que se asemejan bastante á los recipientes de madera que sirven para hacer manteca, como se ve en la figura primera de nuestro grabado.

Se construyen de tablas de abedul ó álamo blanco. Estas tablas, delgadas y muy bien unidas, se sujetan, como las de un tonel, por dos aros de madera que las rodean; un asa reúne los dos aros y permite manejar la nasa con facilidad. Cerca del fondo y en un lado se hace un agujero redondo, cerrado por un tapon; por este sitio se sacan las lampreas. Como estos pescados suben constantemente la corriente, se coloca hácia atras la boca de la nasa, que tiene una especie de embudo por esta parte (véase la segunda figura de la lámina); el otro extremo está cerrado por una rejilla.

En ninguno de los utensilios de madera preparados por los rusos faltan adornos; así es que cada tabla de la nasa tiene entalladuras y grabados por dentro y por fuera. El gusto por los adornos es innato en este pueblo.

En nuestra vieja Europa meridional no nos tomamos ese trabajo, no hacemos bien; pero la falta de tiempo y la dificultad, sin cesar creciente, del *tener que vivir*, excusa lo que nuestras obras manifiestan de apresuramiento. Entre los rusos el tiempo no tiene valor; la vida es fácil y barata, de modo que puede prodigarse lo innecesario ó inútil. Los recursos acumulados en este país áun son increíbles: un ejemplo va á probárnoslo.

En nuestro caduco país apenas si existen los cangrejos; el hecho es innegable. Si la piscicultura no pone remedio tomándolos seriamente bajo su proteccion, ántes de veinte años el cangrejo no será más que un recuerdo. ¿Cómo pudiera suceder de otra manera con un animal indefenso y que necesita seis ú ocho años para tener un tamaño regular? Y éste no es el solo inconveniente. Al coger los cangrejos ántes del término de su crecimiento se destruye la especie, sin que la reproduccion de ésta quede asegurada; de modo que se mata con ella toda la progenitura que se tenía derecho á esperar. Este modo de obrar es estúpido, y sin embargo, no pasa día que no se presenten cangrejos en el mercado, apresurando la desaparicion necesaria, fatal, próxima de este crustáceo.

En Rusia las cosas suceden de otra manera: los cangrejos tienen aún tiempo de engordar en el fondo de sus riachuelos y hasta en sus grandes rios. Es verdad que sus habitantes están aún muy diseminados en los campos, y, por consiguiente, no viven tocándose, como vulgarmente se dice, codo con codo. Así es que han ideado para suplir nuestra carestía secar la parte posterior de los cangrejos, cuyo precio es el de seis reales la libra, lo que da una idea aproximada de la riqueza en crustáceos que encierra el país.

Un pueblecito llamado Aleschki, situado en una península en la embocadura del Dnieper, ha tomado la ini-

ciativa de este comercio, del que saca un buen provecho. ¿Cuántos cangrejos no será preciso pescar para sostenerlo en las grandes proporciones con que lo efectúa?

En este país en que el agua está poco profunda, indicaremos á nuestros pescadores un medio muy ingenioso y cómodo de clavar las estacas destinadas á las presas en los rios y estanques. Mientras que la cabeza de la estaca está más alta que el nivel del agua del rio, se pegan encima golpes con un martillo en el extremo libre, y no hay más que hablar; pero cuando se trata de sumergir una estaca ó poste de un metro de altura en dos metros de agua, el problema es mucho ménos fácil de resolver. Pues bien, los pescadores de la region del Cáucaso lo han conseguido ejecutar de un modo concluyente, y tan sencillo como ingenioso.

Se colocan en una barca y toman una especie de palo largo (véase el grabado que está al pié de la lámina) que tiene en su extremidad inferior un sólido regaton hueco, de acero, en el que se fija un hierro de lanza. En esta lanza se coloca el poste que se quiere sumergir, y que se sostiene por una cuerda y un nudo escurridizo. Para hacer bajar más fácilmente el aparato en el agua, se ata un peso cualquiera junto al regaton. Con respecto á la maniobra, es muy sencilla.

Se coloca el poste en la punta de la lanza, teniendo en la mano la cuerda que impide que se caiga; se sumerge bajo del agua; se pegan fuertes golpes en el otro extremo del palo; el poste se clava; se saca la lanza, y despues de una sacudida, se deshace el nudo corredizo y la cuerda sube sola á la superficie.

Por supuesto que deberá haberse comprendido que el terreno en que se tenga que clavar el poste no ha de ser duro, aunque el palo que sostiene la lanza se procura siempre que sea muy resistente.

V. C.

## PERROS DE CAZA.

### EL PERRO DE TRAÍLLA Ó PERRO DE RECECHO.

El perro de traílla puede ser de cualquier raza, siempre que no sea muy grande, con objeto de que al sorprender á una res en su *querencia*, ésta no se huya y haga frente al perro, á fin de dar tiempo al cazador á llegar á tiro. Los perros grandes ahuyentan á las reses, y es más conveniente emplear los de razas más pequeñas, como el *sabueso* navarro, el perro *tejonero* ó el *braco*. Con estos perros se tiene casi la seguridad de que las reses *aguanten*; ó si se levantan de la cama, se defienden de ellos y huyen lentamente.

El objeto de estos perros es encontrar las reses cuando en tiempo seco el cazador no puede distinguir las *huellas*, porque en el tiempo húmedo ó de nieve no son necesarios al cazador práctico en recechar.

Un perro *firme* y seguro es necesario para *recechar* bien, sobre todo cuando el tiempo es seco y está el suelo duro, porque entónces la *huella* no se marca.

Siempre que se pueda se deben elegir para este objeto perros cuyo pelo no sea claro, á fin de que la caza no los perciba desde lejos. El mejor pelo es el bermejo, lobuno ó negro.

El perro de traílla se debe acostumbrar desde luego á estar sujeto á la cadena, y cuanto más jóven, mejor.

Jamas se debe pegar á estos perros, ni con palo ni con el pié, porque quedan estropeados ó resabiados para siempre. Deben estar sujetos á la cadena hasta los más viejos, pues nada hay que estropee y vicie más á los perros que dejarlos en libertad. Pero si se tiene un corral en la casa, se les puede dejar sueltos en él.

El mejor alimento para el perro de traílla es la sopa que se obtiene cociendo huesos de vaca ó de ternera con avena quebrantada, sal y algo de sebo de vaca. Despues de bien cocida esta sopa se le añaden algunos mendrugos de pan y se deja enfriar. Se debe evitar en lo posible que las especias entren en la sopa que se destina á estos perros.

Este alimento se les da á mediodía, y en el resto del día se les echa pan seco.

Segun opinion de antiguos cazadores, debe dárseles de vez en cuando queso añejo frito con mejorana, con el

objeto de afinarle los *vientos*. Jamas debe faltarles el agua fresca.

Procúrese que estén bien limpios y libres de insectos, y que la cama esté muy seca.

La enseñanza del perro de traílla no debe empezar hasta que las reses hayan hecho la muda completamente, porque de verificarlo ántes, con la continua caída del pelo, queda éste adherido á las matas, y el perro se acostumbra á cazar con los *vientos* levantados, lo cual es muy perjudicial.

Cuando el perro ha cumplido un año está en disposicion de ser conducido al campo á la instruccion.

Elíjase para dar principio á las lecciones una mañana hermosa sin viento, en la que haya caído algo de rocío.

Como media hora despues de la salida del sol, sálgase con el perro, sujeto á la traílla, y condúzcasele animándole al mismo tiempo con la palabra y nombrándole con buenos modos y voz suave. Durante la enseñanza se debe hablar siempre con el perro. Y téngase esto por regla; especialmente con el perro de traílla, no se debe descuidar esta advertencia, entre otras razones, para animarlo, ó para acariciarlo cuando hace lo que se le pide, ó para advertirle que sigue *pista* falsa. Esto no quiere decir que el cazador debe ir siempre hablando con el perro, que por fin se acostumbraría más á trabajar á la voz que á seguir la pista. Tampoco se debe hablar alto, porque se espantará la caza.

El castigo que se imponga al perro de traílla será de palabra; cuando esto no baste, puede dársele, pero con mucho cuidado, un tirón de la traílla.

Cuando el cazador haya encontrado una huella de ciervo (y es preferible empezar la enseñanza por la de esta res, pues deja ménos tufo que otras), pondrá los *vientos* del perro en ella y le dirá: *ciervo, ciervo, ¿qué buscas? ¿qué tienes?; ciervo, ciervo ¡á ver!* Seguidamente se le acortará la traílla y se marchará algunos pasos con él sobre la pista, deteniéndose en cada huella á fin de que la siga con aficion, procurando que tome los *vientos* en ella, diciéndole al propio tiempo: *¡á ver!* y acortando la traílla por debajo del pié hasta obligarle á estar sujeto con los *vientos* en la huella. En esta posicion se le alaba diciéndole *bien, bien* y nombrándole por su nombre, al mismo tiempo que se le acaricia. Despues se le deja seguir algunos pasos más sobre la *pista*, diciéndole *bien, bien, en la huella*, y se le sujeta como anteriormente, cogiéndole entre los piés.

Si el perro es vehemente, se le conducirá llevándole entre los piés y se le mostrará cada *huella*, con el objeto de que no la abandone y se distraiga.

En los primeros dias de leccion cúidese de no prolongarlas demasiado, para que no se aburra. Si ha *mostrado* tres ó cuatro *huellas*, dése la leccion por terminada, empezando á la mañana siguiente con el mismo ejercicio, pero prolongando el tiempo de trabajo. Así se continuará hasta que se pueda el cazador fiar de que sigue siempre la misma *pista*.

Obtenido esto, debe el cazador procurar que el perro siga la *pista* más despacio, á fin de observarla.

Una vez en disposicion de exigirle más, se saca y hace marchar á *contrapista*, esto es, sobre la *pista*, pero en sentido contrario al que llevó la res. A la voz de *¡la pista!*, deberá tomarla de nuevo y se andarán algunos pasos: se repetirá esta operacion varias veces, hasta que el perro quede *firme* en este ejercicio.

Perros firmes en la *pista* del ciervo lo son más en la de otras reses.

Este trabajo se verificará en el campo, en los barbechos, ó en los sembrados por donde hayan pasado las reses. Pero deben evitarse los campos recién labrados donde se marcan mucho las huellas, porque entónces los perros siguen la *huella* á la vista. Si se encuentran estas *pistas*, se deben pasar de largo y no hacérsela *tomar* al perro hasta entrar en sembrado ó en prado.

Durante la instruccion no se debe seguir la pista más que en el campo, sin entrar en el monte, porque en él es fácil que se presenten reses á la vista. Si durante la instruccion ocurre encontrar alguna res, se debe tapar los ojos al perro hasta que la res haya desaparecido. El vuelo de las aves también hace á veces que los perros jóvenes levanten la cabeza y se distraigan de su trabajo;



en este caso el cazador debe *apretar* al perro en la *pista*.

Debe tenerse mucho cuidado en que durante la enseñanza á la pista del ciervo no siga el perro la de gamo ú otras reses: si esto sucediese, se le gritará *quita, quita*, y se le separará *incontinenti* de ella.

Los golpes y los tirones violentos con la trailla estropean para siempre al perro de *rececho*. Una vez diestro en tomar las *pistas* buenas ó de ciervo, seguro y ávido en seguirlas, y cuando á la vez verifique el *resalto* (1), debe elegirse otro terreno para continuar los trabajos de instrucción, que ofrezca al perro mayores dificultades, por ejemplo en praderas, terrenos cubiertos de cascajo, y en pendientes. Cuando en estos terrenos responda á lo que se le exige, debe trabajar en peñascales y brezales. Más tarde se le hace seguir la *pista* fría, es decir, por aquella en que la res pasó mucho tiempo ántes, con objeto de que afine los vientos. En este caso lo mejor es seguir la misma *pista* que ántes se siguió, pero dejando trascurrir una hora: si la sigue por los mismos pasos que ántes, es señal segura que *va en firme*, y se le debe celebrar por su trabajo.

Este procedimiento se repetirá á menudo.

Advertimos que durante la instrucción, *siempre que el perro tome una pista buena y la siga hasta llegar á la linde del monte, que á la vez verifique bien el resalto, tan pronto como terminé cada ejercicio, el perro debe ser conducido á casa y sujeto á la cadena*.

Los días de viento fuerte son los ménos á propósito para trabajar con el perro de trailla. Sin embargo, las circunstancias nos pueden obligar á tener que *rebuscar* las *pistas*. En tales días evitemos ir *bajo viento*; elíjase un terreno en que la huella se pueda observar bien, y sígase llevando al perro muy corto. Si éste va al viento y no busca en la pista, sáquesele del viento y condúzcasele *sobre viento*, y se le hace buscar nueva pista, y despues que la haya *mostrado* un par de veces, se le lleva á otra nueva, repitiendo este ejercicio.

A éste sigue el hacerle *tomar pistas* en los caminos del monte. Así que tome una que sea de *ciervo* se le alargará la trailla y se le dirá *¿qué tienes?* Si *muestra buella*, basta mandarle *¡otra!* y el perro enseñado tomará la dirección inversa, y á la voz de *buella* verificará el *resalto*: una vez hecho, se quitará el perro.

Los que siguiendo este método no quisieran *tomar la buella*, se les llevará á la vista de un *ciervo* y se les pondrá sobre la pista caliente: si también rehusa *tomarla* entónces no queda más medio que desecharle por inútil.

#### PERRO DE SANGRE.

El perro destinado á seguir solamente el rastro de sangre es indispensable á todo el que se dedique á la caza de reses.

El mejor tirador no puede responder que no hará algun mal tiro. Además, en el período en que las reses van cargadas de *sain* dan poca sangre, y si ésta cae en terreno muy seco ó en prados húmedos, es muy difícil ver el *rastro de sangre*. Y ¡cuántas reses se pierden por no tener un perro de sangre que las cobre!

En todas las razas de perros se encuentran algunos que muestran afición á la sangre, con especialidad los alanos y los tejoneros. También los sabuesos son muy buenos para este objeto; pero cualquiera que sea la raza, los de menor cuerpo son los más á propósito, porque los perros grandes se fían en sus fuerzas y atacan á las reses heridas y con frecuencia se desgracian. Yo siempre he dado la preferencia al perro tejonero, porque hasta los corzos les dan la cara estando heridos; y como por su pequeñez el perro no se atreve á atacar las reses, las desafía *dando de parada*: esto facilita al cazador aproximarse á la res que busca, hasta poder darle el tiro de remate.

Ningun perro de sangre debe prestar atención á la *pista* y si sólo al *rastro de sangre*; tampoco debe *latir* hasta que tenga la res á la vista.

Una de las mejores propiedades del buen *perro de sangre* es que *dé la dicha* á reses muertas. Los que de sí no tienen esta propiedad, será bueno que se acompañen con otros que la tengan, y es probable que la adquieran; si no, es bueno colgarle una pequeña esquila de tono agudo para

(1) Llámase *resalto* el cambio que se hace verificar al perro al seguir la *pista* en sentido inverso, para que la tome en el que ha seguido la res.

poderle seguir. Pero este procedimiento tiene el inconveniente de que las reses que no se sienten muy malas huyan al sonido de la esquila, que oyen á larga distancia, lo que hace sea más penoso poder cobrarlas, si se cobran, lo que es problemático. Lo más seguro es, para seguir el *rastro de sangre* con perros que no *dan la dicha* á reses muertas, llevarlos sujetos de la trailla y no soltarlos hasta que tengan la res á la vista.

La enseñanza de estos perros consiste primeramente en hacer que obedezcan al silbido y acudan, que se dejen conducir bien con la trailla, y que á la voz de *¡patras!* se sitúen detras del cazador; estando éste en el puesto de espera, esté quieto y echado á su lado. Para enseñarles esto se sigue el mismo procedimiento que con el perro perdiguero.

Cuando el cazador tenga sospecha de haber herido una res, conducirá al perro sujeto con la trailla al sitio donde estaba aquélla cuando fué herida, y si nota que hay pelos, esquirlas ó sangre, le colocará sobre el rastro; si el perro lo toma con afán, le animará á media voz diciéndole: *¡berida! ¡bien! ¡berida!*, dejándole avanzar dando larga á la trailla y siguiéndole con atención. Si abandonare el *rastro de sangre* por la *buella*, debe el cazador acortarle la trailla sin darle ningun tirón; llevándole corto le conducirá de nuevo al *rastro*, en el mismo sitio que lo abandonó: si lo vuelve á tomar debe acariciarlo, empleando las mismas voces que ántes, trabajándole hasta que tenga la res á la vista, ó lo que más generalmente sucede, hasta la cama que la res habrá poco ántes abandonado al sentir al perro seguido del cazador. En la cama, que nos indicará si hace mucho que la res se levantó, si está caliente, lo que se conoce al tacto con el anverso de la mano, se observarán gotas de sangre, que por su color, cantidad y demas señales, el buen montero deducirá la gravedad de la herida. Hechas las observaciones que crea más convenientes, dará suelta al perro para que siga el *rastro de sangre* hasta dar con la res que se mantendrá á la defensiva, y le será fácil al cazador darle el tiro de remate. Si la res vuelve á huir en lugar de defenderse, el perro latirá mientras la tenga á la vista; pero en cuanto deje de percibirla debe cesar de latir, y en cuanto la res se pare y le haga frente, *dará de parada*, lo que es fácil conocer porque la voz del perro sale del mismo sitio, es más regular su emisión y en tono más bajo que cuando caza. Entónces apresúrese el cazador á acudir al sitio de donde sale la voz del perro, pero con precaución, y procure rematar la res con un segundo tiro.

Muerta ésta, el cazador debe abrirla y dar al perro algo de sangre á lamer, con objeto de que se aficione, pero guárdese de darle ni carne ni del bandullo, porque se aficionaría á comer de ella, que es la falta mayor que puede tener el perro, la de *encentar* la res, como dicen los monteros.

El cazador debe procurar en los primeros días de instrucción no soltar el perro al *ciervo* ó al *guarro* heridos, porque pudiera ser fácil que recibiera una cornada ó una cuchillada, lo cual le quitaría probablemente la afición. Sólo cuando sea firme en seguir el *rastro* y se le hayan matado algunas reses, se le puede soltar á la vista de éstas.

Si se quisiera *colgar*, sería bueno soltarle al *ciervo* ó al *guarro*, porque indudablemente sería cogido y escarmetado para lo sucesivo, y se haría más cauto en el ataque.

Todo cazador de reses que se precie de buen montero debe llevar el *perro de sangre* al *aguado*, y cuando *receche*, si quiere cobrar las reses que hiera.

TORRE AYLON.

#### CAZA DE ESTORNINOS.

El estornino es un encantador volátil sedentario é indígena de nuestro hermoso clima de España, y todo el mundo conoce su forma, plumaje y carácter, pudiéndose afirmar con razón que pocas aves hay más esbeltas de cuerpo, de adornos más espléndidos y de un instinto más fino. En estas tres cualidades no tiene rival.

Al principiar la primavera se aparean y buscan un agujero en un árbol añoso donde hacer el nido.

Limpio ya éste con el mayor cuidado, es preciso amueblarlo, es decir, hacer el nido propiamente dicho, y cuya

base se compone de virutas ó astillas de madera arrancadas por las mismas aves, á esforzados picotazos, de los arbustos, de hierbecillas y musgo, preparativos que se ejecutan con la mayor celeridad posible, pues la vida es muy activa en estos palmípedos.

En ocho ó diez días, por regla general, pone la hembra sus huevos en número de cuatro á seis, de color ceniciento verdoso; poco tiempo despues principia á empollarlos con la mayor asiduidad, sustituyéndole el macho en sus funciones durante algunos minutos, los necesarios para buscar gusanillos, escarabajos, caracoles, granos y bayas, recogidos con precipitación en los alrededores de su puesto.

A su regreso el macho le cede el nido, y cuando la obra de la empolladura está para terminar y la madre siente moverse á su progenitura en los cascarones, cesan por completo sus ausencias, trayéndole el macho al nido las provisiones.

Despues de unas tres semanas nacen los hijuelos. Su apariencia es idéntica á la de los mirlos jóvenes: las mismas proporciones corporales y los mismos colores. Ni el ojo más experto encontraría diferencia alguna sensible en esta época. Pero á medida que pasan los días y crecen y empiezan á cubrirse de plumas, las dos especies adquieren su sello distinto y característico, de tal modo aparente y claro, que todo error es imposible ya.

En efecto, en el estornino joven el ojo es más pequeño y más dulce, el pico más plano y más agudo, la cabeza mucho más chata y más larga que en los mirlos jóvenes.

A estas señales hay que añadir otras tambien claras y precisas: queremos hablar de las que se relacionan con el plumaje de los estorninos adultos, el cual está adornado de manchas y de reflejos, al paso que el de los mirlos es uniforme y constantemente negro, excepto en la hembra, cuyo color es y queda siempre leonado.

Son necesarias cerca de seis semanas para que la joven familia de estorninos pueda abandonar el nido; pocos días ántes es sin cesar llamada por el padre y la madre, colocados en las ramas más próximas con la comida en el pico para que acudan á comer. Al principio se ayudan con el pico para caminar hasta la puerta del nido, despues vacilan un poco ménos y hasta se atreven á presentarse en el mismo dintel, hasta que al fin, vencidos todos los obstáculos, dan el primer vuelo.

Despues de ejercitadas sus fuerzas de rama en rama y adquirido el poder y vigor de sus alas, se lanzan al espacio y se unen á la bandada.

De este modo se forman esas inmensas falanges de estas aves que revolotean incesantemente en los campos y bosques en la estación del otoño.

Los estorninos se crían con facilidad cautivos, sobre todo si se cogen jóvenes, pudiendo vivir de este modo una docena de años, y se les alimenta con miga de pan, cañamones machacados y corazón de carnero.

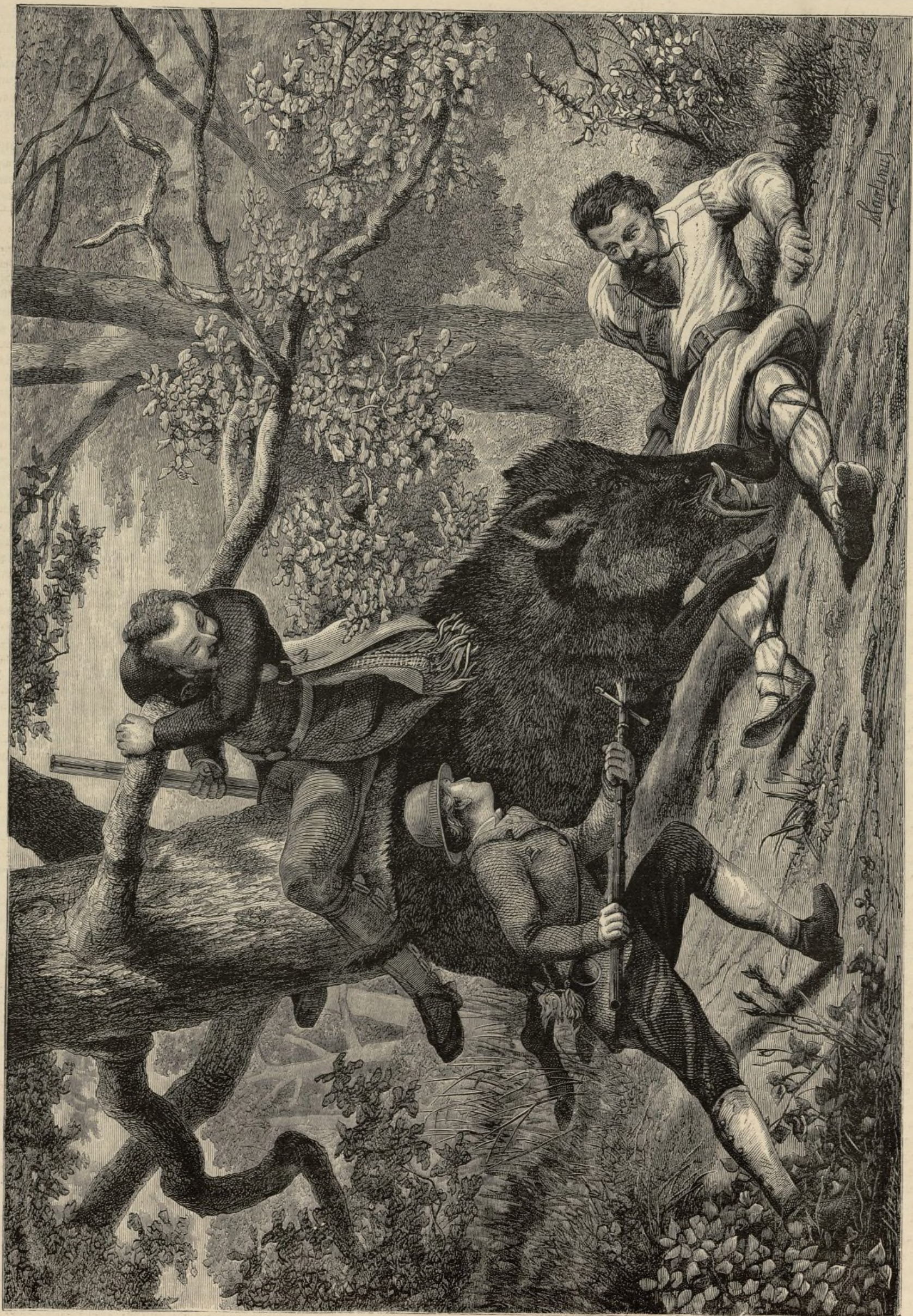
Algunas veces padecen de convulsiones, que se asemejan á ataques epilépticos.

El estornino se encariña en extremo con las personas que le cuidan, manifestando su alegría con el movimiento de sus alas. Salta y se mueve con una gran vivacidad; su voz es suave, y articula con más claridad que el loro; así es que aprende sin ningun trabajo á silbar aires y á pronunciar frases muy largas. Se cuenta que un peluquero de una ciudad de Inglaterra tenía un estornino que articulaba de un modo tan claro *get up, sir* (levántese V., señor), que los parroquianos tomaban algunas veces su voz por la de un niño. F. Gérard refiere otra anécdota apénas creible: una viuda de Saint-Gall tenía un estornino que recitaba sin ninguna falta el *pater* en alemán á fuerza de haberlo oído repetir.

Con respecto á la caza de los estorninos, ésta se efectúa en tiempo de vendimias, á causa de que en esta época están muy gordos. Su caza es muy divertida, pues como tienen la costumbre de volar formando círculos y gritando en derredor de los que caen muertos ó heridos, se puede tirar muchas veces seguidas sobre la misma bandada, y matar muchos de este modo.

La carne del estornino es dura, seca y de un gusto no muy delicado, segun algunos; pero ésta no puede ménos de ser una de tantas preocupaciones, máxime si se tiene cuidado, segun se dice, de arrancarle la lengua en el mo-





CAZA DE UN JABALÍ DE EMOCIONES.



mento de matarlo. Los antiguos la estimaban mucho, y hasta en medicina está reputada en el vulgo como un buen específico contra la epilepsia.

C. V.

### LA GARDUÑA.

La garduña tiene formas más elegantes que el veso, su próximo pariente, más gracia en los movimientos, más viveza en la mirada y más rapidez, por último, en la carrera.

Su olor es también menos desagradable, y si no se deja domesticar por completo, finge conformarse con las tristezas de la esclavitud.

Expliquémonos claramente sobre este punto.

Al regresar á pie en la tarde de cierto día de una de nuestras expediciones de caza, vimos á una garduña acurrucada en lo más alto de un tapial y rodeada de cuatro pequeñuelos.

Dicho se está que al acercarnos nosotros se puso en fuga toda la familia, yendo á refugiarse en un mechinal que, según supusimos, debía servirle de casa-habitación, á juzgar por la seguridad y la presteza con que se introdujo en el enorme y cuadrado agujero.

Realizáronse nuestras previsiones, y después de un sangriento combate, que costó la vida á la madre y á dos de sus hijos, pudimos apoderarnos de los otros dos, no sin recoger larga cosecha de arañazos y mordeduras.

Aquellos animales podían tener tres ó cuatro semanas á lo sumo, y así es que decidimos educarlos del modo más esmerado posible, empezando por encerrarlos en una caja de madera de encina, más larga que ancha, llena de paja fina y estopa, y con uno de sus ángulos cubierto de espeso enrejado de alambre.

Durante los primeros días las garduñas no hicieron otra cosa que moverse de acá para allá como dos azogados, mordiendo á derecha é izquierda, lacerando la paja, arrancándose las uñas, y lanzando unos gritos agudísimos, que así podían expresar el terror como la cólera impotente.

Rendidas de cansancio al tercer día, se arrebujaron en la estopa, permaneciendo cuarenta y ocho horas en la misma postura sin moverse para nada.

Ya creíamos medio muertos á los pobres animales, cuando de repente empezaron á meter por los alambres sus hocicos puntiagudos, aspirando el aire exterior con ansia verdadera.

El hambre les hizo abandonar su mullido lecho: dióseles un poco de hígado crudo, que comieron con excelente apetito, durmiendo después el sueño de los justos durante una gran parte de la noche.

Al cabo de pocos días acudían las garduñas cuando se las llamaba para comer, sin asustarles la presencia de las personas, hasta que al mes de ser encerradas, y previas las precauciones oportunas, pudo sacárselas de la caja, aprendiendo á hacer el ejercicio, armadas de un palo, con la precisión automática de un soldado inglés, ó la gracia inimitable de un perrillo de aguas.

A pesar de ello, las garduñas no llegaron nunca á encariñarse con nosotros. Temían la mano que las castigaba, pero no sabían lamer la que las daba de comer.

Este animal es, en una palabra, el tipo más perfecto de la ingratitude y del egoísmo.

Una de las garduñas pereció en un combate singular que sostuvo cierta noche con un gato, al que profesaba terrible antipatía, y á la otra la dimos libertad en medio del campo, sin ocuparnos más de su futura suerte.

La garduña constituye una plaga muy temible para los gallineros y palomares, aunque es en extremo útil á la agricultura, por la gran cantidad que destruye de ratas, de topes y de otros roedores que se ceban en las hortalizas y en las plantas.

La piel, cuando está bien lustrada y preparada, puede competir con la de la marta, pero no tiene la misma finura, ni se la cotiza á precio tan alto como aquélla.

Debe cazarse la garduña en la época en que tiene la piel más lustrosa, ó sea después de las primeras heladas, haciéndolo, sin embargo, con cierta moderación, y no llevándola hasta el exterminio, á fin de no perjudicar los intereses agrícolas.

Un campo sembrado sin garduñas se vería al poco tiempo convertido en campo de ruina, á causa de los destrozos causados por las ratas, los topes y los conejos.

No es sólo el gato, sino el mono, el que siente hacia la garduña una profunda antipatía, y á este propósito vamos á referir á nuestros lectores una anécdota, que bien puede llamarse también una verídica historia.

Un amigo nuestro, capitán de un buque mercante, trajo de la América del Sur una preciosa garduña que había domesticado perfectamente en sus ocios de á bordo.

Aquel animal, que su amo llamaba *Flora*, de forma más esbelta y de tamaño más grande que los individuos europeos de su especie, se había hecho tan familiar, que al ponerse el capitán á la mesa se subía á ella con gran ligereza, colocándose junto al plato, y sacando de vez en cuando con la pata el trozo de carne ó el bocado que más era de su predilección.

El marino tenía pasión por los animales, y además de la garduña, poseía un mono macaco y tres papagayos.

*Don Pedro*, que así se llamaba el mono, no paró mientes durante los primeros días de travesía en el cariño de su amo hacia *Flora*; pero á medida que pasaba el tiempo y veía aumentarse aquel afecto, se aumentaron también sus celos, que, notados por el capitán, le proporcionaron una buena paliza, y la amenaza de privarle de galleta por espacio de dos semanas.

El mono bajó la cabeza á la ley del más fuerte, pero jurando para sus adentros tomar venganza de la preferencia concedida al intruso.

Una noche que el capitán fumaba tranquilamente paseándose por la cubierta del barco, *Don Pedro*, que estaba en el camarote con la garduña y los papagayos, creyó llegado el momento de realizar los siniestros planes, nacidos de la funesta pasión de los celos.

*Flora* dormía á pierna suelta echada sobre la piel de un oso; el mono acercóse á ella á hurtadillas, y agarrándola por medio del cuerpo, la metió en un saco de lienzo, á pesar de los gritos y las contorsiones del animal, cerrándolo como pudo, y sentándose triunfalmente sobre su indefenso enemigo.

No estaba *Flora* sin duda de humor de aguantar mucho tiempo tan pesada broma, porque lo cierto es que mordió á *Don Pedro* en el sitio que supondrán los lectores, obligándole á dar un salto descomunal, producido por el dolor de los agudos dientes de la garduña.

Cayó el mono sobre uno de los papagayos, que á pica-tazos le hizo tomar la fuga, empujando el desventurado *Don Pedro* un velador en que había un magnífico servicio de té de porcelana de China, que se hizo mil pedazos al caer al suelo con gran estrépito.

Los papagayos al oír el ruido empiezan á chillar desahoradamente, y el mono, loco de terror, y ya sin conciencia de lo que hacía, se encaramó primero en lo alto de un armario, escurriéndose luego por entre las piernas de su amo, que, comprendiendo lo sucedido, bajaba á la cámara resuelto á castigar duramente al culpable.

Éste no se anduvo en chiquitas: una vez en el puente, subió á los palos, después á la vergas, y desde allí, por medio de las cuerdas, se refugió en los penoles de la arboladura.

Fué preciso organizar una cacería en toda regla para aprehender al señor *Don Pedro*, que recibió treinta azotes con esa cuerda de que se sirven los marineros para coger rizos, siendo relegado á pan y agua al fondo de la cala, donde podría reflexionar á su sabor sobre la falsedad del proverbio que dice: *La venganza es el placer de los dioses*.

La garduña salió del saco sana y salva, adquiriendo mayor predominio sobre su amo, en cuya compañía vivió seis años pacífica y alegremente.

Pero la muerte, que nada respeta, se presentó bajo la forma de una inflamación en los intestinos, y dejó de pertenecer al número de los seres vivientes.

Nuestro buen amigo, á quien debemos los pormenores de la presente historia, hizo enterrar al animal en su jardín, al pie de un magnífico rosal de Alejandría, colocando una piedra con esta sencilla inscripción:

AQUI YACE MI MALOGRADA *Flora*.

J. C.

### UNA NOCHE DE PESCA

EN PUERTO-RICO.

Entre los recuerdos de mi juventud que han quedado más profundamente esculpidos en mi memoria, figura el de una partida de pesca efectuada á la luz de la luna, en medio de la naturaleza tropical, majestuosa cual ninguna, siempre verde y siempre sonriente.

Á corta distancia de Ponce, uno de los pueblos más feraces y florecientes de la isla de Puerto-Rico, cuya pintoresca situación y fértiles alrededores son el encanto de los forasteros, existe una laguna de no mucha extensión, pero muy abundante en pesca; su propietario, opulento comerciante y hacendado, de buen humor nunca desmentido, y aficionado á todos los placeres del *sport*, organizaba con frecuencia giras y partidas de caza, en que reinaba la franqueza y la cordialidad más afectuosas, fiel imagen de las costumbres patriarcales, tan en boga ántes en las Antillas, y hoy casi abandonadas. El que lograba asistir á una de sus fiestas, casi familiares, deseaba siempre volver, y para mí, joven entonces, casi niño, uno de estos días de campo formaba época en la vida. Así es que me encontré agradablemente sorprendido al recibir una tarde la invitación: «Para perder de la mejor manera posible algunas horas en la hacienda *La Mercedes*»; y aunque la cita era para las seis, mi impaciencia era tal, que á las cuatro me puse en marcha, sabiendo que sería siempre bien recibido y no me habían de faltar motivos de distracción. Miéntas mi ligera *caleza* recorría veloz el camino, bordeado por espesos bosques de palmeras, mangos, tamarindos y frambollanes, que exhalaban deliciosos perfumes y brindaban al viajero con sus maduros frutos, yo maldecía al tiempo que no andaba á medida de mi deseo. Aun no habían llegado los convidados, y me dediqué á visitar la finca, que estaba en toda su actividad. Las diferentes operaciones que exige la fabricación del azúcar se verificaban simultáneamente: por un lado venían grandes carretas cargadas hasta arriba, y en momentos quedaban vacías; en otro, veinte ó treinta negros de elevada estatura conducían al *trapiche* la caña dulce, acompañándose en su faena por cantos llenos de melancolía y de ritmos extraños; el ruido acompasado de la máquina de vapor se mezclaba con las voces inarticuladas de los fogoneros que alimentaban el fuego de las calderas, en que se concentraba el jugo de la caña ó guarapo; las elevadas chimeneas lanzaban al espacio negras columnas de humo, y á poca distancia, un alambique destilaba el ron de Puerto-Rico, que sólo tiene comparación con el de Jamaica; todo respira allí vida y movimiento, nadie desmaya en su tarea hasta que la campana da la señal de descanso. A las siete todos los convidados estábamos reunidos y todos los preparativos hechos; subimos á los coches, y nos pusimos en marcha. La expedición se componía de doce personas, entre peninsulares é hijos del país, de carácter alegre y decididos á divertirse; á la media hora llegamos al campo de nuestras proezas; el sol se había ocultado ya.

Era una de esas noches claras y tranquilas que sueñan los poetas y que sólo en las Antillas pueden gozarse; la luna y las estrellas brillaban majestuosamente en el firmamento; una blanda brisa agitaba las copas de los árboles, que parecían darnos la bienvenida, y sólo se oía algún lejano chillido ó el ruido de nuestras carcajadas. Nuestra escuadrilla se componía de dos lanchas de las que llaman *yolas* en el país, sin quilla ni timon, dirigidas sólo por los remos y una especie de piragua hecha con grueso tronco de árbol ahuecado. El jefe de nuestra expedición, el que debía dirigir la batalla, era un famoso pescador de aquellas costas, cuyo valor y habilidad para la pesca eran proverbiales. Junto con su hijo y otro pescador nos aguardaban hacia rato en unas tiendas de campaña que para nosotros había hecho levantar á la orilla de la laguna nuestro celoso amigo.

Sin perder un minuto nos embarcamos, y las lanchas se dirigieron en opuestas direcciones para que la pesca fuera más productiva. Se nos había recomendado el silencio, y sólo turbaba el de la noche el ruido de los remos, manejados por nuestros torpes brazos, al azotar el agua, ó la voz de mando de nuestro patrón: ¡*Cia á la derecha!* ¡*Cia á la izquierda!* Tres veces echamos las re-



des y otras tantas las sacamos llenas de peces de todas formas y todos tamaños, cuyas plateadas escamas y rojizos cuerpos brillaban á la luz de la luna, sobresaliendo siempre la *guabina*, de piel escurridiza y delicada carne. A las diez se dió la voz de reunion, y al poco tiempo descansábamos bajo las tiendas, contándonos mutuamente nuestras aventuras, mientras los negros y criados blancos hacian pasar los pescados á grandes sartenes en que humeaba el aceite, preparándonos suculenta cena.

Los tripulantes de la piragua no fueron tan felices como nosotros, pues uno de ellos, al tirar la red entusiasmado, hizo casi zozobrar la barca, y se vieron expuestos á un baño poco agradable. El tiempo se pasaba en animada conversacion: un andaluz, eterno hablador, contaba chascarrillo tras chascarrillo, y mantenía constantemente la risa en nuestros labios. Cuando se sirvió la cena, compuesta casi exclusivamente de pescado, la animacion se reflejaba en todos los semblantes, é hicimos gran honor al talento de los cocineros. El andaluz propuso hacer un gazpacho, y al poco tiempo, poniendo todos algo de nuestra parte, nos chupábamos los dedos. Un vinillo añejo de España servía de acompañamiento al pescado, y dió áun más alegría á la reunion; nada nos faltaba, y durante las dos horas que estuvimos sentados en el suelo ante blancos manteles, un contínuo tiroteo de frases picantes y escogidas se estableció, relaciones de aventuras extraordinarias de caza y pesca, proezas cantadas por sus autores en términos ampulosos, cuentos é historias de la patria lejana, todo salió de nuestras doce bocas, que no cesaban un momento de hablar y reir.

El regreso de la expedicion fué digno coronamiento de aquella noche de alegría. Los bosques resonaron con nuestras alegres canciones, y no faltó quien á las notas melancólicas de un zortzico ó una danza mezclara las alegres de unas malagueñas ó una jota aragonesa.

M. DIZ Y BERCEDONIZ.

## CONSERVACION DE LA CAZA.

En las semanas de calor que generalmente siguen al día solemne de la apertura de la caza, es tan importante la cuestion de conservar las piezas muertas, que creemos ser útiles á nuestros numerosos suscritores ocupándonos de ella en unos momentos en que no parecen todavía muy decididos á abandonarnos los rayos abrasadores del astro del día.

Se ha hablado y se ha escrito bastante acerca de los medios que han de ponerse en práctica para evitar la descomposicion de la carne muerta, prevaleciendo siempre la idea del uso del carbon molido ó en trozos, como antídoto esencial, por más que peritos muy notables en materias cinegéticas, sin negar en principio la eficacia del sistema que impide, en efecto, el que se echen á perder las piezas de caza, añaden, sin embargo, que el carbon las despoja del humillo que constituye su mérito principal, ablandando la carne, haciéndola sosa y confundiendo el sabor de una codorniz con el de un faisán, y el de una liebre con el de un conejo.

Mucho hay de verdad en el fondo de esta opinion, sobre todo si los animales permanecen algun tiempo sometidos á la influencia carbonífera; así es que el procedimiento indicado no puede recomendarse sino como preservativo momentáneo, que permite llevar al pueblo las piezas en buen estado. Pero de aquí á tenerlas en un lecho de carbon pulverizado quince ó veinte días, hay mucha diferencia, porque entonces, si bien es cierto que la corrupcion se detiene, lo es tambien que la carne pierde su sabor especial, como aseguran los peritos de quienes acabamos de ocuparnos.

Si á esto se añade la costumbre que empieza, por desgracia, á introducirse en la cocina moderna, y particularmente en la de las grandes fondas, de cocerlo todo junto en una enorme marmita, sacando despues y aderezando por separado lo que pide el consumidor, se comprenderá sin trabajo que dentro de poco tiempo serán iguales todos los manjares venatorios, tan suculentos y exquisitos por sí, sin que podamos reconocerlos ni saborear ese tufillo

*sui generis* que constituye agradablemente el mérito y la propiedad de cada uno.

El asador, de gloriosa memoria, va pasando á la categoría de leyenda, como sucede con la escopeta de chispa, y otras tantas cosas que se hunden al paso de la civilizacion presente.

Hay personas entendidas que recomiendan, y creemos que tienen razon, lavar con aguardiente ó con un poco de agua y sal las heridas por donde sale la sangre de los animales, metiendo luego en el cuerpo unos pedazos de carbon despues de sacarles las tripas. El carbon en tal caso ejerce una influencia saludable, decisiva, siendo preferible al helecho, las ortigas y otras plantas que no refrescan las carnes, como se cree vulgarmente, sino que se adhieren, y que precipitan la corrupcion en vez de evitarla ó de contenerla.

Hay plantas aromáticas que pueden emplearse sin temor ninguno, dando al olvido las ortigas y los helechos adoptados, no por la utilidad y la reflexion, sino por la rutina y la ligereza.

Unos amigos y camaradas nuestros cazaban gamuzas y cabras silvestres en los montes de Aragon en plena canícula, enviando reses á los pueblos tres días despues de muertas y en perfectas condiciones para el consumo, gracias al carbon y á las hierbas aromáticas, á pesar de viajar á lomo de las mulas del país con la lentitud que exigía el mal estado de los caminos en un punto montañoso, y recibiendo directamente por espacio de ocho ó diez horas los rayos del sol.

Igual procedimiento puede aplicarse á los corzos, gamos ó jabalíes que se quieran enviar á gran distancia del monte; y si damos la preferencia á las plantas aromáticas sobre las forrajeras, es porque, ademas de los graves inconvenientes de estas últimas, entre ellos el de comunicar un sabor muy desagradable á la carne del animal, hay pocos sitios en nuestros cazaderos donde no se encuentren á la mano la salvia, el tomillo, la alhucema, el romero, el serpol ó el laurel, que aromatizan las carnes y las impregnan de una fragancia que las hace más delicadas y exquisitas al ser presentadas á la mesa.

Si es agradable para nosotros el traer frescas á casa las piezas que hemos matado, no lo es ménos el poder conservarlas para hacer un obsequio, ó para comerlas á los dos ó tres días en union de nuestros convidados. Hé aquí, pues, un medio muy eficaz para conservar la caza semanas enteras si se quiere.

En vez de colgar las piezas en el techo de la cocina, donde el calor y las moscas provocan de contínuo la descomposicion, se entierran en un monton de trigo, de alforfon, de avena, ó de cualquier otro grano que se tenga en casa. Las piezas se ponen espaciadas de modo que no se rocen entre sí, cuidando ademas de librarlas del contacto del ajre, y ya se puede dormir con tranquilidad hasta el día en que hayan de pasar á los tenebrosos dominios del estómago.

La avena y el mijo son preferibles, porque los grandes desprendimientos del gas que contienen sus granos preservan mejor á la carne de su descomposicion natural.

Tales son los procedimientos, por demas sencillos, que han de emplearse con el objeto indicado, y que creemos no debe ignorar el buen cazador, que ha de tener de todo un poco, incluso de médico, de naturalista, y hasta de cocinero.

P. C.

## GACETILLA.

BIBLIOTECA VENATORIA.—Llamamos la atencion de nuestros lectores hácia el anuncio que va en la última plana de este número sobre la aparicion del volumen III de nuestra *Biblioteca Venatoria*. Contiene dos famosas obras originales, una no publicada nunca, y otra publicada con notables errores y ya agotada la edicion, de dos grandes personajes españoles de la Edad Media, como el príncipe D. Juan Manuel, autor de *El Conde Lucanor* y tantas otras obras inmortales, y el ilustre cronista Pero Lopez de Ayala, el Tito Livio español, y autor de *El Rimado del Palacio* y muchas más obras célebres.

Los señores suscritores que gusten adquirir ese hermoso volumen conteniendo las preciosas obras de caza de los dos insignes venadores españoles del siglo XIV, se servirán

apresurarse á hacer el pedido conforme se previene en el anuncio.

MANUAL DE CULTIVOS AGRÍCOLAS.—Con este título ha publicado la *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada* un interesante libro original de D. Eugenio Plá y Rave, que recomendamos á nuestros lectores.

RECETA PARA DESINFESTAR UNA PERRERA.—Si con rociar las paredes con cloro y cal viva no se consigue el objeto, empléese el agua fénica.

Las aguas de los baños de Bareges destruyen las pulgas por completo.

PLOMO PARA MATAR UN HOMBRE.—¿Cuánto plomo es necesario para matar á un hombre en la guerra?

El mariscal de Sajonia decia que era preciso una cantidad igual á su peso.

Pero el hecho justificado en la batalla de Solferino demuestra que los austriacos tiraron ocho millones cuatrocientos mil tiros, y no mataron más que 2.000 entre franceses y piamonteses, y herido 10.000.

De modo que tenemos 700 tiros para herir á un soldado, y un muerto por cada 4.200 tiros.

Ahora bien, pesando una bala á lo ménos una onza, son menester para matar á un hombre 272 libras de plomo.

UN BARON CORTO DE ALCANCE.—Señor Baron,—escribia un almacenista de armas de fuego á un parroquiano de su casa,—tengo el gusto de remitir á V. una escopeta del valor de 500 pesetas, de doble alcance, pagadera el 30 del actual.

El Baron contestó:

—Me ha parecido la escopeta muy hermosa en verdad; pero si tiene doble alcance, es muy corto el plazo del pago. Se la devuelvo á V. para que la arregle.

SENSIBILIDAD DE UN NIÑO.—Se habia hecho aprender á Juanito, con motivo del santo de su abuela, la fábula de *El Lobo y el Cordero*.

El día designado, Juanito se presenta á su abuela, y principia su relacion. Pero al llegar á la mitad de la fábula, se detiene de golpe.

—Bien, querido; ¿no continuas? ¿No la sabes entera?

—Sí, abuelita; pero el final es muy triste.

PESCA DE UNA BALLENA.—La chalupa de pesca titulada *Sainte-Hélène* ha encontrado cerca de Croix, y conducido á tierra, una ballena muerta, que media 20 metros y 10 centímetros de longitud, por 9 metros 30 centímetros de circunferencia.

Segun todos los cálculos, es de presumir que este enorme cetáceo, que tiene en uno de sus costados las señales de una gran herida, habrá escapado á la persecucion de algunos marineros que habrian conseguido herirlo, y que, despues arrastrado por los vientos y corrientes, habrá sido conducido á la proximidad de la costa de Morbihan.

EL PERRO Y LOS DOS LITIGANTES.—El suceso que vamos á referir ha tenido lugar ante un juez de policía en América.

Los dos litigantes eran Jaime Geraghty y Felipe Maher. Jaime tenía en su poder atado un perro *bouledogue*, que Felipe aseguraba que le pertenecía.

El tribunal, despues de haber deliberado, mandó que se desatara el perro, que los dos litigantes se pusieran á silbar y salieran simultáneamente cada uno por su puerta, y que el animal se adjudicase al que siguiera de los dos. Así se hizo.

El *bouledogue*, habiendo mirado alternativamente á los hombres que lo llamaban, metió su cola entre las piernas y echó á correr.... por la tercera puerta que daba á la calle.

CABALLOS Á PUPILO.—En una de las paradas de Hampstead, pueblecito de los alrededores de Lóndres, se lee el siguiente anuncio.

Se admiten caballos á pupilo á los precios siguientes:

- 1.º Caballos de cola larga, 3 shillings.
- 2.º Caballos de cola cortada, 2 shillings.

Si se pregunta á un vecino la razon de esta diferencia en el precio:

—Es muy sencillo, responderá; las colas largas pueden espantar fácilmente las moscas, mientras que los caballos que la tienen cortada se ven de tal modo atormentados por estos insectos, que no comen casi nada.



**EL PERRO Y LAS ZANAHORIAS.**—La siguiente anécdota no es inverosímil en absoluto; pero como ha sido contada por un sabio, M. Schutzenberger, podemos muy bien reproducirla sin escrúpulo, por ser muy graciosa.

Poseedor de un jardín en que había un pedazo de huerta, un propietario había notado que de una cesta que contenía algunas zanahorias nuevas desaparecían rápidamente, y preguntó la causa al jardinero.

Este contestó que no podía comprender cómo sucedía esto; pero que había un medio muy sencillo para sorprender al ladrón, cualquiera que fuese: emboscarse en una calle de árboles que indicó.

Dicho y hecho. No se había pasado un cuarto de hora, cuando el dueño y el jardinero no pudieron contener un grito de asombro.

Acababan de ver al perro de la casa dirigirse á la cesta sin vacilar, tomar una zanahoria en la boca y echar á correr á la cuadra.

Los perros no comen zanahorias crudas. ¿Qué misterio era éste? No había otro medio para averiguarlo que seguir al ladrón.

Entonces pudieron ver nuestros observadores que se trataba de un caballo, al que el perro profesaba un gran cariño, por ser su único compañero de noche. En efecto, se llegó á donde estaba éste, y meneando la cola, le alargó el objeto de su robo, que el otro no se hizo de rogar para aceptarlo.

Exasperado el jardinero, quiso coger un palo y tomar la justicia por su mano por este acto de compañerismo de una excesiva complacencia, pero su amo lo detuvo. Dejadas las zanahorias que quedaban en el sitio acostumbrado, la escena se repitió al día siguiente, hasta que no quedó ninguna en la cesta de la provision de estas legumbres.

Hacia mucho tiempo que se había notado que el perro había hecho de este caballo su exclusivo favorito; pues habiendo otro en la misma cuadra, nunca había obtenido ni una mirada, ni ménos una zanahoria.

**DOS CONEJOS ENCARNADOS.**—Hace algunos meses que los diarios franceses publicaron el descubrimiento de un criador de Saint-Etienne que, á fuerza de experimentos, había llegado á obtener conejos cuyo pelo era encarnado.

Este descubrimiento excitó la imaginación de un naturalista, M. Felipe W..., rebuscador y coleccionista furioso de rarezas fisiológicas.

Este sabio no dudó ni un momento en hacer un viaje á Saint-Etienne, y después de haber visto, examinado, tocado, lavado, frotado, y sobre todo admirado los famosos conejos encarnados, tuvo la dicha de adquirir un par por la suma de 450 francos al contado.

Eran un poco caros por 450 francos; pero el naturalista, hombre acostumbrado á los negocios, se había dicho, no sin cierta apariencia de razón, que si un par de conejos comunes grises producían un año con otro una renta de 3.000 francos, con un par de conejos encarnados se podía alcanzar con facilidad una de 10.000 escudos.

Y en efecto, los conejos encarnados han producido, como era deber en todo buen conejo; pero han producido ¡oh desgracia! conejos blancos, desdichados conejos blancos, los más baratos del mundo, que no tenían de encarnado más que los ojos, y gracias.

Además, para mayor desconsuelo, la madre murió después de haber parido; y el padre, bien de dolor, bien

un pescado de mar bien conservado, de la familia de los nasones, pero que no han podido clasificar los conservadores del citado establecimiento.

Su forma es de las más extrañas, y su tamaño el de una carpa grande, pero mucho más largo y macizo; su espalda y su vientre están armados de aletas muy poderosas, terminadas en dardos agudos.

Sobre el hueso frontal, muy prominente, un espolón semejante al de las fragatas acorazadas da á este pescado una fisonomía de las más guerreras.

La cola está igualmente adornada por cada lado de dos clases de lancetas punzantes, que mueve el animal imprimiendo á su cola fuertes sacudidas, lo que le hace inatacable. Su piel es como la

del tiburón ó perro de mar, pero mucho más áspera. La cola se desarrolla considerablemente, y tiene el aspecto de una gran pluma de pavo real.

Con respecto á su carne, no se la puede comparar más que con la del atún; pero es más aceitosa y parece impropia para las preparaciones culinarias.

El esqueleto es de una fuerza extraordinaria, lo que hace suponer que este habitante de los mares deja raras veces las mayores profundidades del Océano.

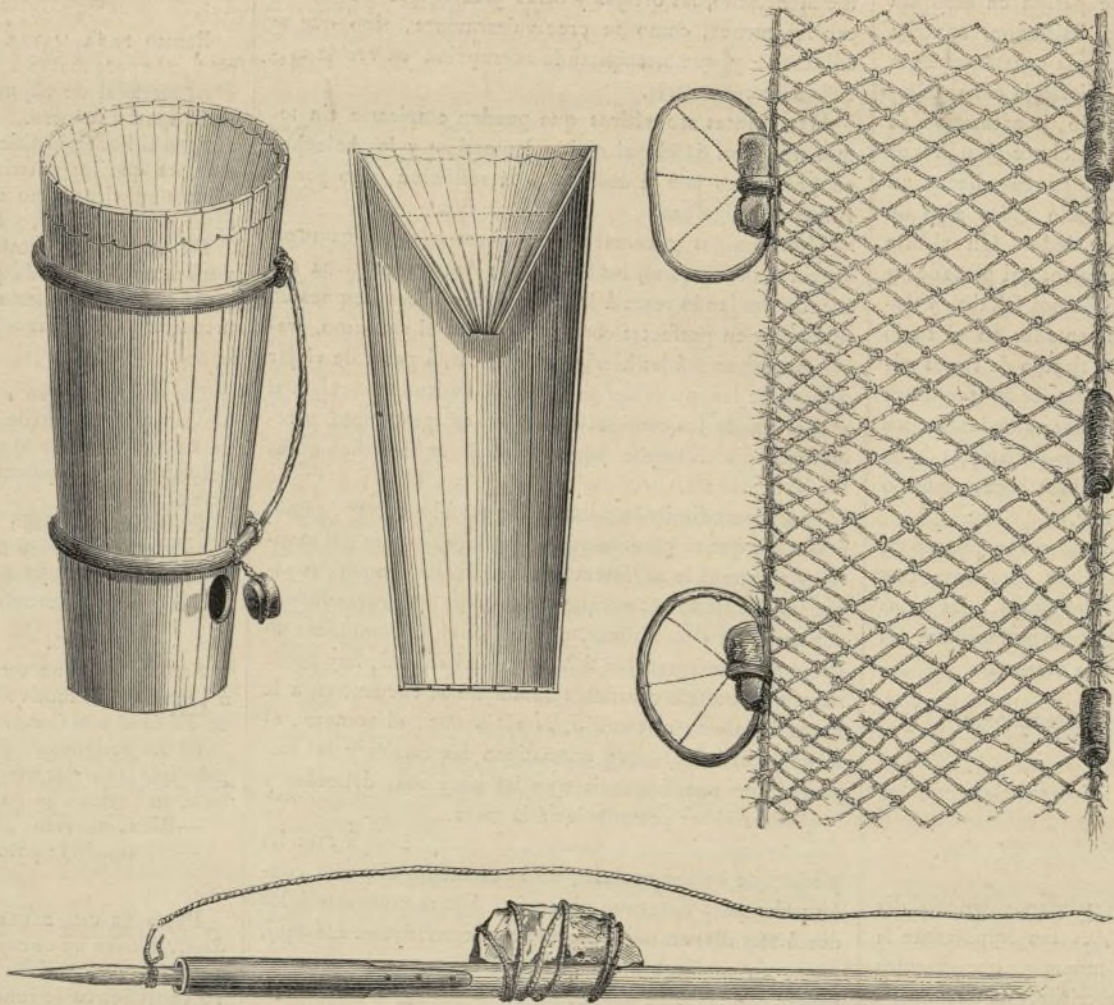
El viejo pescador que lo ha cogido en sus redes no había visto nunca otro igual.

El sitio donde se le ha pescado es en la bahía de Wata.

**ESPECÍFICO CONTRA LA RABIA.**—Si hemos de dar crédito á un médico de Marsella, éste ha encontrado la curación de la rabia.

«Durante mi carrera médica, dice el doctor Andrac, he tenido dos casos de hidrofobia que curar: una joven de veinte años, en la que la enfermedad había llegado á su último período, y el otro, un niño de catorce, en el que se había iniciado ya el impulso de morder.

»Estos dos enfermos han curado completamente al cabo de dos días, suministrándoles una infusión de la parte superior de tallos de esparto de España.»



LA PESCA EN RUSIA.

de despecho por verse solo con su prole, no tardó en seguir á su esposa á la tumba.

Esto representaba 450 francos perdidos, sin contar los gastos del transporte, alimento y enfermedad, pues se habían llamado, uno después de otro, á los tres más famosos veterinarios de París.

M. Felipe W... ha presentado al tribunal una demanda de perjuicios contra el vendedor, y, por consiguiente, entablado un pleito que no dejará de ser curioso é interesante.

**UN PEZ DESCONOCIDO.**—M. Mercier, de Compiègne, acaba de ofrecer al Museo de Historia Natural de París

**VIDA DE UN CABALLO SIN COMER.**—Según leemos en un periódico de París, un vecino de Bonnetable ha tenido la crueldad de dejar morir su caballo de hambre, «para ver, decía, cuanto tiempo podía vivir sin comer un caballo.»

El pobre animal murió al décimotercero día.

**A CABALLO SOBRE LA LEY.**—Ante un tribunal.

*El Presidente al preso.*—¿Qué tiene V. que añadir para completar su defensa?

*El preso.*—Señor Presidente, me someto á la equitación del tribunal.

*El Presidente al Fiscal.*—No podía haber contestado de un modo más oportuno. ¿No estamos á caballo sobre la ley?

## BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.

ACABA DE PUBLICARSE EL VOLUMEN III, TITULADO LIBROS DE CETRERÍA.

Este volumen contiene el *Libro de la Caza*, del Príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves*, del Canciller Pero Lopez de Ayala, precedidas ambas obras de un *Discurso sobre los Libros de Cetrería*, del Sr. Gutierrez de la Vega.

Son las dos obras españolas de cetrería más famosas del siglo XIV, nunca publicada la primera, y dada á luz la segunda sin los errores de la edición de la Sociedad de Bibliófilos españoles.

Cuesta el volumen 6 pesetas en Madrid, y 7 enviándolo á provincias.

Para recibirlo á vuelta de correo basta enviar las 7 pesetas en una letra ó libranza del giro mútuo á la Administración, calle de Espoz y Mina, número 3, Madrid.

MADRID, 1879.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.<sup>a</sup>  
(sucesores de Rivadeneyra). Duque de Osuna, 3.